

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

RINKE, Stefan. *América Latina y Estados Unidos. Una historia entre espacios desde la época colonial hasta hoy*. Madrid: Marcial Pons, 2014. 232 p. ISBN: 978-84-15963-19-6.

Tras la independencia, los nuevos estados americanos hubieron de desarrollar una intensa relación entre sí. No obstante, esta complejidad en las relaciones norteamericanas se puede remontar a la época de la colonización.

Tras el Descubrimiento, tanto la monarquía hispánica como la portuguesa pretendieron hacerse con el monopolio de las nuevas tierras descubiertas, justificándolo de forma religiosa y legislativa. En el siglo XVII es cuando comienza la colonización de América por parte de los ingleses. Ejemplo de ello es la fundación de Virginia. El monopolio español se vio amenazado por el avance inglés y el auge de la piratería. Llegados al siglo XVIII, queda patente la debilidad de las coronas ibéricas para gobernar las colonias, cada vez con más autonomía. A esto contribuyó sin duda la creación de la Leyenda Negra antiespañola.

A mediados del siglo XVIII, a pesar del aparente statu quo en América, se observa ya en la práctica una autonomía de facto, tanto en el norte como en el sur. El resquebrajamiento del poder español hizo posible un alejamiento entre colonias y metrópoli. La Guerra de Independencia de las Trece Colonias supondrá un cambio en el orden del nuevo continente. Por primera vez surgía una nueva potencia, autóctona, que competía geográficamente con Gran Bretaña y España. Las colonias del imperio español siguieron detenidamente, a pesar de la censura, las cuestiones tratadas en los Congresos Continentales. La influencia económica norteamericana en Latinoamérica, presente ya desde antes de la independencia, adquirió nuevos tintes políticos. Los independentistas latinoamericanos admiraron a las Trece Colonias como el camino a seguir, un sentimiento no correspondido en el norte, donde se seguía insistiendo en la degeneración de la raza hispana. Cuando estallaron los procesos revolucionarios en la América española, estos se vieron privados del apoyo norteamericano. Los motivos principales fueron dos: la posibilidad de una revolución social que alterara el orden existente (como Haití), y la intención de negociar con España en torno a la adquisición de la Florida. No fue hasta la década de 1820 cuando Estados Unidos empieza a reconocer a los incipientes Estados latinoamericanos. No obstante, cabe destacar la aparición en 1823, de la conocida como Doctrina Monroe. Esta consideraba cualquier intento de intromisión europea en América como peligroso para la seguridad de Estados Unidos. El hecho de que esta declaración se tomase sin contar con los latinoamericanos ya indicó una línea a seguir que se mantendría durante mucho tiempo.

Las siguientes décadas van a determinar el surgimiento en Estados Unidos de la Teoría del Destino Manifiesto, una ideología de inspiración religiosa que justificaba la expansión del país, y su concepción como faro de las libertades y la democracia.

Este mesianismo secular, presente en parte desde los tiempos de la colonización, influirá decisivamente a lo largo del siglo en las relaciones con América Latina. El primer encontronazo lo encontramos con la Guerra de Independencia de Texas, con una población mayoritaria de norteamericanos que intentaba librarse del dominio mexicano. Tras la consecución de la independencia, la República de Texas solicitó su anexión a la Unión, que fue aprobada tras un intenso debate público. No en vano, los Estados esclavistas del Sur veían en Texas un foco de expansión de la esclavitud, mientras que el Norte temía que se rompiera el equilibrio alcanzado entre los Estados. Con todo, la anexión de Texas en 1845 provocó la guerra con México, que se alargó de 1846 a 1848. Encontramos aquí un ejemplo de esa pretendida superioridad norteamericana cuando se debatía si anexionar el país entero o no, un importante sector protestó en contra de la inclusión en la Unión de una población considerada racialmente inferior, que no se adaptaría a la civilización y las instituciones libres del país. La derrota mexicana se saldó con la pérdida de la mitad del territorio, que pasó a manos estadounidenses. Esta agresión militar creó en Latinoamérica un sentimiento de temor y rechazo frente al gigante del norte. Sin embargo, ese rechazo por lo "yanqui" también estuvo impregnado por sentimientos de admiración ante la considerada como República ejemplar. En los años posteriores, la influencia norteamericana intentará extenderse por Centroamérica (buscando el canal transistmico) y por Cuba, codiciada por los esclavistas del Sur. La Guerra Civil de 1861 detendrá de momento estas aspiraciones.

Superado al fin el conflicto interno, que supuso un retroceso norteamericano en el continente en detrimento de los europeos, Estados Unidos retomó la expansión de su influencia. España y Francia habían intentado de distinta manera la consecución de un dominio casi colonial, a lo que había que sumar la siempre presente Gran Bretaña. Todo esto es respondido por primera vez desde el sur con la Cláusula Calvo, que rechazaba el derecho de intervención bajo cualquier circunstancia, instando a los ciudadanos extranjeros en un país latinoamericano a que presentasen sus quejas ante los tribunales locales y renunciasen al arbitrio de su país natal.

Durante los siguientes años, Estados Unidos va a resucitar una concepción del panamericanismo, en aras de sus propios intereses. La influencia económica norteamericana se va a expandir con fuerza por el continente, al amparo de los Gobiernos liberales latinoamericanos, que verán con buenos ojos la entrada de capital extranjero y el arbitrio estadounidense. De esta manera, el gigante del norte va a favorecer la celebración de Conferencias Panamericanas, que aunque propusieron una unión de aduanas, quedaron finalmente en nada. Esta superioridad norteamericana quedará patente en países como Perú o Colombia (donde tras la amenaza francesa, el control del futuro Canal quedó en manos estadounidenses). Mención especial cabe el caso de Venezuela, donde ante los problemas fronterizos con Gran Bretaña, Estados Unidos impulsó la Nota Olney, una ampliación de la Doctrina Monroe que supuso la primera declaración del derecho de intervención norteamericano en América en contra de los europeos.

Con la consecución de la victoria frente a España en la Guerra del 98 (amparada por los prejuicios raciales y la Teoría del Destino Manifiesto), Estados Unidos entra de lleno en la expansión imperialista. Este imperialismo norteamericano va a encontrar en Latinoamérica su principal campo de pruebas en un ensayo de lo que serán las intervenciones a lo largo de todo el siglo XX. Así mismo, esto va a coincidir

con el auge de las teorías del darwinismo social y la supervivencia de las naciones poderosas sobre las débiles. No obstante, ese imperialismo, por la propia idiosincrasia del país, hubo de realizarse por métodos diferentes a los de los europeos. Se va a incidir en la articulación de una doctrina paternalista y altruista donde Estados Unidos, en calidad de su civilización más libre y superior, ayudaba a los bárbaros latinoamericanos. Un caso excepcional de esto fue Cuba, donde tras la retirada de los españoles, se coaccionó para imponer en la Constitución cubana la llamada Enmienda Platt, que daba autoridad a Estados Unidos de intervención en pos de mantener la independencia cubana, lo que en los años posteriores significó varias intervenciones militares.

Es en esta etapa cuando, tras muchas décadas de negociaciones, Estados Unidos consigue la concesión definitiva y construye el Canal de Panamá. En los siguientes años van a ser frecuentes las intervenciones estadounidenses en las denominadas como “repúblicas bananeras” del Caribe. Todo esto creó, inevitablemente, un concepto de rechazo latinoamericano al imperialismo del coloso del norte.

El inicio del siglo XX vendrá marcado por dos acontecimientos clave: la Revolución Mexicana y la Primera Guerra Mundial. En el primero de ellos, Estados Unidos comenzaría defendiendo un régimen escogido mediante elecciones, pero el estallido de la Gran Guerra hizo prevalecer los intereses americanos, buscando la estabilidad política. La Primera Guerra Mundial significa el ascenso definitivo de Estados Unidos como potencia hegemónica, sustituyendo a Europa. A pesar de las iniciales posiciones de neutralidad, finalmente entró en la guerra apoyando a la Triple Entente. Esta decisión conllevó la entrada también de al menos ocho países latinoamericanos, lo que indica la preponderancia norteamericana en el continente. Tras la guerra, la situación financiera del país era inmejorable, siendo el principal prestamista de Latinoamérica y desterrando al fin las manufacturas europeas. La modernidad y progreso de cada país latinoamericano se llegó a medir en filiales de empresas.

La guerra no sólo tuvo efectos económicos, sino que con la finalización del conflicto y el hundimiento de Europa como consecuencia de éste, EEUU se situó como potencia hegemónica. Tras el enfrentamiento, la política de intervención del gigante del norte se intensificó, no sin consecuencia, puesto que los abusos y secuelas que provocaban estas intervenciones en los distintos países acabaron por producir el rechazo de parte del país, que por primera vez tomó conciencia del problema creándose grupos que denunciaban esta actitud. Sin embargo, en la praxis estas operaciones no se modificaron.

En esta época también se produce el ascenso de los nacionalismos latinoamericanos oponiéndose al intervencionismo estadounidense, el cual se había intensificado en los últimos años. El surgimiento de estos nacionalismos, junto a las consecuencias en Latinoamérica de la Gran Depresión, aumentaron las tensiones entre el norte y el sur del continente, manifestándose en un antinorteamericanismo. En la siguiente década se produce un cambio en las relaciones entre ambas partes del continente, adquiriendo la política de *buena vecindad* verdadero sentido. Sin embargo, este cambio duraría poco, puesto que con la llegada de la Segunda Guerra Mundial volvieron a incrementarse las tensiones.

Entre el final de la Segunda Guerra Mundial y 1969, las relaciones entre América Latina y Estados Unidos alcanzaron su punto más bajo. Pese a las intenciones de “buena vecindad” durante la guerra, siguieron predominando los prejuicios raciales y anticatólicos. Además, la Guerra Fría inauguró un nuevo factor: el miedo al comunismo. Argumentando la seguridad como pretexto, los norteamericanos sostuvieron en muchos países dictaduras anticomunistas, pese a erigirse el país como faro de la libertad y la democracia. Cualquier intento reformador económico y social, aunque no fuese comunista, contó con la oposición de Washington, que optó ya con Kennedy por el envío de ingentes cantidades de dinero a Latinoamérica. Pese a todo ello, el creciente imperialismo cultural avanzó por el continente, despertando el antiamericanismo. Destaca en este período por excelencia la revolución cubana, primera vez que un país del patio trasero se rebelaba abiertamente contra Washington.

Es en estos momentos cuando va a surgir el concepto del Tercer Mundo, como tercer bloque no alineado. Las relaciones norte-sur en América irán cada vez más influenciadas en este sentido. Durante esta etapa, va a haber determinados altibajos en las relaciones entre América Latina y Estados Unidos. El Informe Rockefeller de la Administración Nixon va a favorecer una política realista. No obstante, a principios de la década de los 70, Estados Unidos va a minar el Gobierno de Allende en Chile, que terminará con el Golpe de Estado de Pinochet en 1973. Tras esta etapa agresiva, se producirá un retroceso bajo la Administración Carter, aceptando gobiernos reformistas, bajo una óptica de mejorar la imagen norteamericana en el continente. Sin embargo, la llegada de Reagan a la Casa Blanca producirá el retorno a la vieja política del Gran Garrote, con intervenciones militares y duras medidas en pos de frenar al comunismo. El final de la Guerra Fría supondrá el fin del principio en el que se habían asentado las relaciones interamericanas durante más de 40 años.

El fin del sistema de bloques supone una nueva era en las relaciones entre las Américas, destacando ahora por su complejidad, y por la entrada de nuevos actores además de los Estados. Los intercambios culturales son recíprocos, aunque la preponderancia de Estados Unidos sigue vigente. Pero ya no solo es un trasvase del norte al sur. Norteamérica busca el exotismo latinoamericano, mano de obra, áreas de inversión y aliados. Podemos hablar de Transamérica. Además, una ola democratizadora ha alcanzado a todos los países desde finales de los 80. En 1994, la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (Canadá, Estados Unidos, México) supuso por primera vez una integración entre el gigante estadounidense y un país latinoamericano. La oposición a un modelo neoliberal triunfante en algunos países latinoamericanos, y que se organizó gracias a las nuevas comunicaciones de la era de la globalización (como Internet), se hizo notar también en las urnas a principios del siglo XXI. Se habla de un giro a la izquierda en Latinoamérica, con la llegada al poder de grupos izquierdistas. Así mismo, se produjo un auge de la preocupación medio ambiental, y una lucha a nivel continental contra las drogas y el narcotráfico, que ha supuesto algunas voces críticas contra la política antidroga norteamericana. Las relaciones interamericanas sufrieron un retroceso con la política dura de Bush, pero tras la llegada a la Casa Blanca de Obama se produjo cierta apertura.

En la actualidad, las relaciones entre Estados Unidos y Latinoamérica siguen siendo asimétricas, aunque cada vez es mayor el trasvase cultural, social y económico entre ambas áreas. No obstante, la herencia histórica sigue siendo importante en ambos sectores. Solo el futuro podrá determinar si se podrán superar las trabas para una verdadera solidaridad e integración, aunque el camino será largo.

Sara Macías Tejada
Universidad de Sevilla
saramaciastejada@gmail.com